



Autor no identificado

Una vida de novela

A 220 años de su natalicio evocamos a quien fuera universal poeta, en versos y actos; pues como él mismo cantara: *siempre vence quien sabe morir*

Por IGOR GUILARTE FONG

CUENTAN que fue en 1803 cuando llegó a Santiago de Cuba el matrimonio de don José Francisco Heredia y doña María Merced Heredia, emigrados de Santo Domingo. Se alojaron en la vivienda marcada con el número 6 de la Calle de la Catedral, a un par de cuadras de la Basílica Metropolitana. Era una casona de la segunda mitad del siglo XVIII, con aleros de tejas rojas y ventanas balastradas de madera torneada que daban directo a la rúa de adoquines; en su interior, arcadas y techumbres en colgadizo y un piso de cerámica completaban deleitosamente la típica arquitectura española con influencias moriscas.

El último día de aquel año, en la habitación principal, le nació un nuevo integrante a la familia. Trece días después, el párroco don Tomás de Porte ponía óleo y crisma y registraba como número 3 en el folio 1 del Libro de Bautismos de Blancos el nombre de José María. Los padres no solo le habían dado el ser, sino que fusionaban sus primeros nombres para bautizar aquel fruto de amor.

Santiago sería para la historia su cuna, pero no le pertenecía. A los tres años su padre fue nombrado Asesor de la Intendencia de la Florida Occidental y abandonó la ciudad en un dilatado viaje –por Santo Domingo, Caracas, La Habana, Matanzas,

New York y México– para jamás volver. Aun cuando en la cálida villa de Velázquez y Cortés tuvo su primeros olores, aires, luces, gentes, comidas... Heredia no podría tener demasiada memoria de sus primeros pasos. Asumió a Cuba como tierra natural.

Fue la suya una vida épica, de novela, de tormentos poéticos y desarraigo dramático que lo han inmortalizado como el eterno peregrino.

Torbellino revolucionario

Tenía apenas 35 años cuando lo malogró la muerte. José María Heredia murió, pobre y minado por la tuberculosis, en un cuarto interior de la casa número 15 en la Calle de los Hospicios, en la

ciudad de México, tierra donde –a decir de Martí– todo peregrino halló refugio, pero estaba lejos, ¡ay!, de sus palmas. Fue el 7 de mayo de 1839. Como colofón, quizás, de esa desgracia que parecía llevar como grillete incorpóreo, sus restos acabaron extraviados.

Joven virtuoso, en esa corteidad logró desarrollar “con más o menos fortuna” –según sus propias palabras– múltiples facetas. Fue un hombre de esmerada educación, abogado, catedrático, militar, crítico literario, traductor, periodista, diplomático, diputado e historiador. “El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera”, declaró en su prólogo a la segunda edición de sus *Poesías Completas* que publicó en Toluca en 1832.

En los nueve años que estuvo vinculado a México, vale ilustrar, dirigió con notables aportes el Instituto Científico y Literario. Junto a los italianos Claudio Linati y Fiorenzo Galli, fundó la primera revista literaria, **El Iris**, que inauguraría la litografía con “sembrantes venerables de los caudillos de la revolución”.

También desempeñó labores de magistrado, juez, legislador y político vinculado estrechamente a personalidades como Guadalupe Victoria, Lorenzo de Zavala, Andrés Quintana Roo y Santa Anna, en su primera época. Compartió funciones de Legislador en la Cuarta Legislatura del Estado de México, junto a José Manuel González Arratia, Mariano Ariscorreta y Francisco Suárez Iriarte, entre otros.

Por su acendrado patriotismo y corazón antillano, llevó sus oficios ocupado en el ideal independentista y anhelando un halagüeño porvenir para la patria lejana. Aunque, sin duda, su mayor fertilidad la alcanzó en el cultivo de las letras: poemas, ensayos y obras de teatro dan fe de su virtuosismo.

Pionero del romanticismo

Heredia cantó en un estilo enérgico, vibrante y variado; y en un tono no escuchado hasta entonces, cuanto hay de profundo en los sentimientos, de sublime en la naturaleza, de magnánimo en las obras y el espíritu humano. Por eso fue considerado en su tiempo como uno de

los mejores exponentes líricos de la nacionalidad cubana y el primer poeta romántico. Por demás, tuvo la primicia de plasmar en sus versos los ideales libertarios. Muchos contemporáneos y de sucesivas generaciones reconocieron que empezaron a sentir por Cuba mediante la lectura de textos heredianos.

El mismo autor que en la oda “España libre” llegó a calificar de “patria” a la Metrópoli, fue madurando rápidamente su conciencia. Con los años asentados transitoriamente en la Isla acabó convencido de que las fórmulas de “absolutismo” y “constitucionalismo” eran solo máscaras. Esa definición lo impulsó a involucrarse en la conspiración separatista de los Soles y Rayos de Bolívar. Tras el fracaso del movimiento –en realidad más aventurero que estructurado– debió partir al exilio. Le llegó a cantar al Libertador en encendidos versos: *¡Bolívar inmortal! ¿Qué voz humana / Enumerar y celebrar podría / Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?*

Con la frustración de la intentona conspirativa se inspiró para escribir “La estrella de

.....
La actual casa-
museo conserva
como un santuario
todo lo relacionado
con el bardo.
casadranguet.com



